



Fiestas Patronales

M a n a n z a n a r e s

Septiembre 2004



*Nuestro Padre Jesús del Perdón*



# Pregón 2004

José Sánchez-Migallón Royo

Con la venia de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Muy Ilustre y antigua Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús del Perdón, autoridades, queridos amigos.

Muchas gracias, Antonio, por tu presentación, sin duda no podía haber tenido mejor preámbulo para mi pregón.

Desde que, gracias a la cortesía de esta Hermandad, se me encargó pregonar las fiestas de nuestro Santo Patrón, dos sentimientos a cual mas fuerte me invadieron, primero de agradecimiento, ¿a quien no le gusta hablar de su Padre? El segundo fue de responsabilidad que en seguida derivó en emoción, la emoción que da el convencimiento de que el pregón lo hacemos todos, yo desde aquí con mi voz y vosotros con vuestra presencia

Lo cierto es que no puedes permanecer insensible al requerimiento de compartir unos minutos de intimidad, ni en el aspecto afectivo ni en el del agradecimiento.

Y digo unos minutos de intimidad porque así entiendo que debe ser contar lo que uno piensa de Manzanares y de Jesús. Manzanares y Jesús del Perdón, están unidos desde hace cientos de años, circunstancia que hace muy difícil soslayar a uno cuando se habla del otro.

A Manzanares, los que estamos fuera, mas que vivirlo lo soñamos, lo idealizamos, tenemos la ventaja sobre los que estáis aquí, que no participamos de lo vulgar que conlleva el día a día. Cada año, las calles que acogieron nuestros juegos infantiles cambian, quizá de forma imperceptible, pero el conjunto de esos cambios hacen, que a la vuelta de diez, quince años, para los que no asistimos a esa transformación, nos resulten mas modernas, mucho mas actualizadas.

Tenemos la ventaja de que siempre regresamos, aunque sea en el recuerdo, aunque sea a esas referencias que cada uno tiene o se busca, a esas referencias siempre agradables, y a las que, invariablemente recurrimos cuando hurgamos en la biblioteca de nuestra memoria y a ellas nos amarramos.

Quizá mis dos referencias sean Nuestro Padre Jesús del Perdón y la Torre. La Torre de la Parroquia de la Asunción. Nuestra Torre, pastor de piedra entre las casas que la rodean.

Es curioso comprobar las etapas que, si bien leves y de escasa duración, experimento cuando me voy acercando a Manzanares. Con la proximidad va creciendo la ilusión, pero cuando me parece que estoy en mi tierra, con mis olores, con mis colores, con mis paisajes entrañables, es cuando veo, al fondo, la Torre. Ya todo me parece íntimo, ya siento

ese regusto interior que los que vivimos lejos de Manzanares experimentamos ante su inmediatez .

Luego, muy rara es la vez que vengo y

no termino pasando por la Plaza, bajo la torre, y por la ermita de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Parece como si buscara algo en mis adentros que me impulsara a ir allí, como si precisara afianzar ante esos emblemas, el sitio donde me bautizaron, el sitio donde el rodar de la vida me ha hecho acudir con las mas hermosas y tristes finalidades, algunas, desgraciadamente, hace unos pocos meses, afianzar, como digo, que sigo vivo, enamorado de mi pueblo, de mi Torre, de Nuestro Padre Jesús del Perdón, y comprobar como ellos siempre siguen en su sitio, esperándome, fieles leales, cómplices y amorosos.

Y como de hablar de intimidades se trata, os diré que cuando empecé a escribir este pregón, con la emoción contenida que produce el no saber bien que derroteros tomaría, pensé desbridar el corazón, dejarlo libre, al viento y sin riendas y que el se encargara, mas que la razón, de ir traduciendo todos los sentimientos de cariño, de inmenso respeto que a mi, como creo que a cualquier manzanareño, me fluyen cuando recuerdo a nuestro pueblo y, especialmente, a Nuestro Padre Jesús del Perdón.

Hay un rincón en mi casa, donde tengo a mano mis libros, mi música, mi ordenador, las cosas que mas me gustan o mas uso. Sobre la mesa hay una fotografía grande de Nuestro Padre Jesús del Perdón, creo recordar que la recorte de Siembra y la enmarqué, corresponde a su paso por la calle de las Monjas en una procesión. Está tomada de abajo arriba, de manera que su mirada parece celosa y preocupada por los que, desde abajo, le contemplamos.

Quizá os riáis, pero a mi me parece que no todos los días mira igual.

Se que es una fotografía, pero os aseguro que según lo que le comento me parece mirar de forma distinta.

Un amigo mío, auténtico melómano, dice que Alfredo Krauss cada día canta mejor. Y lo dice convencido, sabiendo, naturalmente, que Krauss falleció hace varios años. Pero su música le impacta según su estado de ánimo y como la conoce y escucha lo que quiere escuchar, cada vez le satisface mas.





Pues algo similar me debe ocurrir a mi con Jesús. Hay días que me mira dolorido, otros días feliz, conocedor de su inmediata Resurrección, otros parece mirar la Vía de la Cruz y el Gólgota al final...

Os decía que cuando iba a empezar a escribir lo que ahora os comento, puse la fotografía delante de mi y de los folios en blanco. Y le consulté: «Jesús, tengo que hablar de Ti, pregonar lleno de gozo tu nombre y tu fiesta. ¿Que digo? ¿Qué quieres que diga? ¿Qué no habrán dicho de ti quienes antes han ocupado esta tribuna y los miles de personas que te han glosado seguramente mas autorizados que yo?»

Casi adivinaba su mirada cuando le dirigí la mía, tenía una sonrisa leve y cómplice que yo interpreté como:

— Pero hijo, si hablas de mi y, seguramente, diciendo cosas buenas, ¿Cómo quieres que sea yo quien te las dicte?. Si acaso, si me permites una sugerencia, procura que en el trasfondo de todo quede un mensaje de esperanza y de alegría, no mires mi corona de espinas ni te fijes en que estoy caído.

— Asociáis mi cruz solo con dolor y muerte y pocas veces recordáis que es mi símbolo, y yo soy sobre todo, amor, y el amor difícilmente es triste.

Así pues me enfrenté al miedo que da siempre un folio en blanco que tienes que rellenar y empecé a recordar tantas cosas en las que Jesús del Perdón había estado presente a lo largo de mi vida.

Algunas tan prosaicas como los dulces recuerdos que me dejaban las novenas que predicaba mi tío, el Padre Royo Marín, y digo dulces recuerdos porque raro el día que no llegaba a casa una bandeja de pasteles, una tarta o tocinillos de cielo, cosas deliciosas que en aquellos años cincuenta no eran precisamente abundantes, al menos en mi casa.

Otras tan importantes como mi Primera Comunión que celebré durante las fiestas dedicadas a Nuestro Padre Jesús del Perdón y no en Mayo como es habitual y cuyo quincuagésimo aniversario se cumplirá dentro de unos días. ¡Quién lo diría!

Pero conviene que demos un salto en el tiempo y nos centremos en mis vivencias con Jesús.

Un día de Jueves Santo, hace ya mas de veinte años, acababa de llegar a Madrid de un viaje por el extranjero donde había estado unos días por motivos profesionales.

Por la tarde llegué a Manzanares con muchas ganas de asistir a la procesión de por la noche, la de Jesús, como la conocemos en el pueblo.

Recuerdo que cenamos en familia, mis padres aún vivían y uno de mis hermanos, no se si Javier o Alberto, se vistió de nazareno con la túnica de mi padre.

Hacia mucho frío y yo quise ver la procesión cerca de mi casa, concretamente fue en el cruce de la calle de las Monjas con la de la Virgen de la Esperanza, a mi lado había dos matrimonios ya de cierta edad. Recuerdo todos estos detalles por algo que dijo, cuando pasaba Jesús, una de aquellas mujeres. Fui a casa y anoté:

No se como se llamaba  
Ni la conocía siquiera.  
Era de madrugada.  
Tendría setenta años.  
Y en la calle de las Monjas  
Estaba, la pobre, helada.  
Cuando pasaste, Jesús,  
Te soltó un ¡¡Hermosísimo!!  
Que se me clavó en el alma.

Quizá sea esto a lo que te referías, Jesús, cuando interpreté que me pedías un trasfondo de alegría y esperanza.

Aquella mujer te dijo esa palabra tan nuestra, ¡¡hermosísimo!!, con aromas de piropo y un respeto impresionante y comprendí que, a veces, en una palabra se encierra un mundo, y me hizo comprender un poco mejor que es una poesía, aunque no falten los puristas que digan que no sea una palabra muy ortodoxa. ¡Cuanta razón tenía Juan Ramón Jiménez cuando, en su sin razón, pretendía coger el olor de la rosa!

Me di cuenta que, si queremos, una sola palabra es una conversación privada contigo, Jesús, solo hace falta buscar armonía en el interior de cada uno y dejar entrar tu voz. Lo que comienza en soledad deriva a plenitud.

Leía un poeta que nadie esta solo si acierta a escuchar su música interior, pues bien, yo estoy seguro que aquella mujer difícilmente se encontraría sola.

Al día siguiente, conmovido por la procesión y el cariño popular que el paso de la imagen despertaba, me acerqué a la iglesia con la única intención de mirar despacio la imagen de Jesús del Perdón. No iba exactamente buscando una explicación, las cosas del amor rara vez la tienen. Era que quería verlo y empaparme de El.

Me fijé especialmente en su cara y en sus manos. No se por qué, me parecía que la figura y Manzanares eran una misma cosa, indisoluble y consustancial. Que Jesús del Perdón no podía ser de otro sitio más que de aquí, de Manzanares y me di cuenta de por qué, Jesús y Manzanares están grabados a fuego en lo mas íntimo de mi y de que ambos argumentos forman parte de mi vida o, por mejor decir de lo bueno y noble que acaso pueda tener mi vida.

Quise entonces besar tu cruz, no pude, pero lo que sentí lo traduje así:

Bese la Cruz junto a tu mano  
Y sentí mi boca enamorada.  
Besé tu pie ensangrentado  
Y su frío sacudió mi alma entera.  
Volví a besar de tu cruz  
La desnuda madera  
Y juro, Padre del Perdón  
Que sentí el olor  
De la eterna primavera.

Yo he visto, Jesús del Perdón, latir al unísono corazonas desbordantes ante tu sola presencia. Los he visto con un silencio apasionado, seguirte descalzos, anónimos, encadenados o imitándote cargando una cruz. He visto asomar una lágrima a gente de barba cerrada y pelo en pecho.



A todos les sujeta tu dolor, a todos escucha tu mirada.

Por eso creo que para pregonar a Jesús y, en cualquier caso para hablar de El, hay que dejar fuera el ropaje de la insidia, de la hipocresía o del interés que tantas veces vestimos, y, una vez desnudos de ellos, hablar de esperanza como parecía pedirme la foto que tengo sobre mi mesa.

Pregonar a Jesús es, también, pregonar su mensaje y me voy a permitir comentar brevemente algunos puntos actuales, entre los mil que vemos a diario.

Hace tiempo leí una entrevista que hicieron a Jean Paul Sartre. El entrevistador le definía como uno de los mas claros ateos de la historia. Le pedía que definiera el ser humano. Sartre contestó: «El ser humano es una pasión inútil».

Me sorprendió la respuesta, pero vi que fue muy honesto, que llevaba razón. A eso debe quedar reducida una persona cuyo límite es su propia vida y su horizonte el bienestar o, en el mejor de los casos la ética social.

Da la impresión que nunca, como hoy, se han sentido tan solos los hombres en su interior, como las sociedades actuales exclusivamente se interrelacionan en lo exterior. Vivimos la sociedad de los mercaderes, y es una sociedad que apenas genera mercado alguno que sirva al bien auténtico del hombre.

O acaso convenga comentar como en la pasada primavera, hace apenas tres meses, la película de Mel Gibson sobre La Pasión fue profusamente atacada por sangrienta, salvaje, advirtiendo que podía herir a espíritus sensibles. Curiosamente no leí ni una sola alusión al argumento, mensaje basado en el amor y en el perdón y que, naturalmente fue escrupulosamente olvidado.

O, si queréis, comentamos el renacimiento que en todo el mundo experimenta el Islam. Los países que lo practican, además de la riqueza material que tienen en forma de petróleo, se alimentan de la seguridad de que sus creencias les ofrecen una base espiritual válida y fuerte. Y lo mismo ocurre con las religiones de origen asiático, budismo e hinduismo.

¿Qué oponemos ante eso?. Poco, casi nada.

La sociedad actual multa a quien deshonra la fe de Israel. Amenaza de muerte a quien ofende el Corán o el Islam. Ahora bien, cuando se trata de Cristo o de lo que es sagrado para los cristianos, aparece como bien supremo la libertad de expresión sin que sea posible la mas mínima limitación. Todo vale, todo puede criticarse o ponerse en tela de juicio, parece lícito insultar u ofender por el mero hecho de pensar así.

Si se te ocurre defender tu fe o tus creencias, además de no hacerte caso, serás tachado de intolerante, fanático, trasnochado, ñoño.

Cualquier mención a nuestra vida religiosa va acompañada sistemáticamente por la palabra crisis, crisis de fe, crisis de vocaciones, crisis originadas por ideas otra vez tachadas de intolerantes. Pues bien cualquier crisis significa estar ante una clarísima oportunidad de mejora.

Por eso, urge decir a la sociedad, hoy tan maltrecha y castigada por el terror y la falta de valores, que en la vida hay mucho mas bueno que malo, mas verdad que mentira, que es cierto que todas las noches son negras, pero no es menos cierto que todas las mañanas traen luz. Solo hay que querer mirarlas. No se puede pretender amar a Dios cuando no se conoce a Dios ni se ha intentado hacerlo. No se puede amar a quien no se conoce.

¿Cómo es posible que en el mundo halla millones de admiradores de la Madre Teresa de Calcuta, que desconocen total y absolutamente a Jesús. Cientos de miles que peregrinan a Compostela, a la tumba del Apóstol que apenas saben que Santiago fue solo un discípulo del Maestro. Gente que se encadena y hacen huelga de hambre para protestar por la crueldad de la fiesta de los toros, opinión muy respetable, y después no tienen ningún inconveniente en abortar, matando a un ser indefenso?

Solo cabe pensar que nuestra sociedad está ávida de valores y no sabe como hallarlos o, los que tiene, no sabe como encauzarlos.

¿Alguien sin mala intención, tras los ejemplos expuestos de la Madre Teresa, o de Santiago o de los millones de jóvenes que congrega el Papa en sus apariciones públicas, puede decir que Jesús está en crisis?

En fin, mas importante que exponer estos pensamientos, es aportar ideas positivas.

Quizá una buena idea sería que cada uno fuéramos capaces de ofrecer a los demás lo mejor de nuestra propia cosecha, de esa cosecha íntima que en esta tierra seguramente sería de pan vino y queso.

Pan del horno del alma de cada uno, pan tierno y limpio, pan amasado unas veces con nardos y otras con sudor acre y sincero.

Queso de nuestras ideas, jóvenes y frescas o curadas por la experiencia de las mil batallas que el devenir nos depara.

Y vino, el de nuestras mejores añadas, el mismo vino que dentro de días empezará a recogerse.

En fin Jesús, tras estas breves reflexiones hay algo que, desde siempre he pensado y hoy, aunque sea de forma utópica, me atrevería a pedirte:

Me gustaría que levantas, Padre, tu rodilla del suelo, que esa mano que apoyas sobre una piedra, la posaras sobre los hombros de cada hijo de Manzanares. ¡¡Levanta, Jesús tu rodilla!! Y ante Ti hincó las mías, las nuestras:

Como me dueles Jesús,  
Rodilla en tierra postrado.  
Mirar, siempre mirar  
Y no haberte levantado.

Me gustaría que tu rictus fuera siempre como cuando me miras alegre, que tu mirada no se perdiese en esa Calle hacia la Cruz por la que caminas, que la descansaras en cualquier calle de Manzanares, ¡menuda suerte para quien le tocara!, y después, claro, en la de Tu Madre.

Madre, que empieza con M como María, como Manue-



la como Manzanares, como María de Altagracia, porque «si siempre María es milagrosa, María de Altagracia es juntar la azucena con la rosa».

No me hagas mucho caso, Jesús del Perdón, por pedir, a veces, imposibles. ¡Menuda lección nos das estando así, de rodillas!. Además, así te hemos conocido y así te queremos.

Lo cierto es que cada 14 de Septiembre es un grano mas que va formando la espiga de nuestra vida y de nuestra historia, en la que Tu has estado tan presente. Y ahí sigues. Viejo de dos mil cuarenta años, emotivo, profundo, capaz de unir tiempos y edades, con tu mensaje invariable que, ¡cosa curiosa! ha tenido la virtud de unir mentalidades absolutamente dispares a lo largo de la Historia.

¡Que honor, Jesús del Perdón, ver tu bandera flamear cada día!

¡Que alegría ver a muchos mas jóvenes de los que algunos creen y otros desean, coger el testigo de los que van quedando en el camino, seguros de que Jesús del Perdón siempre continuará igual!

Cambiará lo superfluo, lo mejorable, pero se mantendrá lo esencial. Observar las ferias y las fiestas, cambia casi todo, hasta los globos, que ya no son ovalados o redondos, de colores blanco, azul o rojo. Ahora tienen colores

fluorescentes o plateados y forma de martillo, corazón, o animales, ¡pero sigue habiendo globos!

En fin, os he contado unos breves apuntes íntimos, casi una conversación privada con Jesús. He intentado cumplir su deseo de dejar un poso de esperanza. Siempre me ha parecido difícil hablar a muchas personas e interesar a la mayoría, no se si lo habré conseguido con estas sencillas y sentidas palabras. Seguramente vuestra benevolencia y el paisanaje han ayudado a sobrellevar el tiempo.

Lo que es muy cierto es que con vuestra gentileza me habéis proporcionado un título carísimo para mi, porque creo que, cuando algún día muera y me encuentre cara a cara con Jesús y el me pregunte: ¿Quién eres?, a partir de hoy yo le podré contestar: «Señor, soy de Manzanares y un año fui tu pregonero»

A mi solo me resta agradecer vuestra exquisita corrección y prometeros que, cuando mañana, en mi casa, le cuente todo esto a la fotografía de Nuestro Padre Jesús del Perdón, que tengo sobre mi mesa, le pediré que siga bendiciéndonos a todos y que la sombra de su luz y de su cuerpo nos guarde los años que tenga a bien disponer.

¡Viva Nuestro Padre Jesús del Perdón!

Muchas gracias.